

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EN EL QUE SE TRATA DE LOS SALVAJES DEL ARRABAL
DE SANTIAGO.

Cada cual volvió poco á poco á su acostumbrado método de vida.

Justino, su madre y su hermana, se enlazaron con la misma cadena que los ligaba en otro tiempo, y comenzaron de nuevo á sobrellevar la carga de su pesada existencia.

Solamente que era una vida aun más triste, si es posible, que la primera; porque la monotonía de los días presentes se aumentaba con todas las pérdidas alegrías de los pasados.

El fin del estío se deslizó pues bien lentamente en contar los días que le separaban aún de la vuelta de la joven.

Esta vuelta, según antes hemos dicho, estaba fijada para el 5 de Febrero de 1827.

El matrimonio debía verificarse al día siguiente.

Se había escrito al buen cura de la Bouille para pedirle su permiso y su bendición.

Había enviado su permiso, añadiendo que haría todo lo posible, en cuanto llegase el feliz momento, para traer él mismo la bendición.

El 6 de Febrero, por lo tanto, sería Justino el más dichoso de los mortales.

Así es, que él fué quien primero cobró ánimo.

Un día que volvía de Versalles, donde había estado á ver á la joven con Mr. Muller, la encontró tan alegre, tan bulliciosa y tan amable, que desde aquel momento volvió en algún modo la perdida alegría á su familia.

Era ya el mes de Enero.

Cinco semanas de espera, treinta y siete días de paciencia, y Justino debía llegar á la cima de las felicidades humanas.

Además, una cosa vendría pronto á distraer á toda la excelente familia: los preparativos del matrimonio.

Justino y su madre eran de opinión que se advirtiese á Mina del cambio que iba á efectuarse en su existencia, pero Celeste y el anciano profesor habían contestado cada cual por su parte: « ¡ Es inútil ! Yo respondo de ella. »

Además, es preciso decirlo, todo el mundo gozaba de antemano con la sorpresa de la encantadora niña, cuando, en la mañana del 6 de Febrero, después de haberla hecho confesar la vispera, bajo un pretexto cualquiera, se sacase del armario un vestido blanco, un ramillete de rosas blancas y una corona de flores.

Todo el mundo estaría allí rodeándola, todos verían su alegría, excepto la pobre madre ciega; pero ella tendría la mano de su hijo entre las suyas, y en los estremecimientos de esta mano lo adivinaría todo.

Desde el principio de Febrero no se pensó en otra cosa más que en preparar una habitación conveniente para recibir á los dos esposos.

Había en el mismo edificio, en el mismo piso, un aposento igual al de la madre y de la hermana, compuesto de dos piezas que parecían hechas á propósito para servir de habitación á los dos jóvenes.

Este aposento estaba ocupado por una familia pobre, que ofreció desalojarle mediante el pago que prometió Justino de los cuatro meses de atraso que debían.

El aposento estuvo desalquilado el 9 de Enero, y desde este día, se trató de amueblarle á toda prisa, pues apenas quedaba un mes para llevarlo á efecto.

Se trastornó la casa, á fin de aprovechar todo lo que pudiese apropiarse para la nueva vivienda de los novios; pero nada pareció bastante moderno ni bastante bello.

Los tres estuvieron de acuerdo en que era preciso comprar otro mueblaje, sencillo, es verdad, pero nuevo y al gusto del día.

Se fué pues á buscar entre todos los ebanistas de las cercanías, porque los tapiceros en aquel país no existían, y creemos poder asegurar que aun hoy día no hay uno siquiera.

En fin, se descubrió en la calle de Santiago, á algunos pasos de Val-de-Grace, un ebanista cuya tienda rebosaba de muebles.

Muebles de nogal, se entiende; en 1827 no había que pensar en muebles de caoba en el arrabal, ni aun en la misma calle de Santiago; se hacían esperar á los habitantes de estos lugares, que los habían visto recorriendo los otros cuarteles de la ciudad; se aguardaba de día en día el navio cargado de la preciosa madera que debía llegar de un momento á otro, á menos que naufragase.

Esto es lo que decían los ebanistas de la calle de Santiago.

Entretanto, si hacía falta una cama, una cómoda ó un bufete, era preciso tomarlos de nogal.

Á pesar de la ambición de la buena familia por poseer un ajuar de caoba, fué preciso contentarse con los muebles que ofrecía el ebanista.

Se habían, por otra parte, acostumbrado de tal modo á contentarse con poco, que los muebles nuevos, aun de nogal como eran, parecieron un tesoro á estas honradas gentes.

Del cortinaje y de la ropa blanca se encargó la hermana Celeste.

La pobre joven no había salido de su casa hacia seis meses; ¡ así es que esto era un viaje para ella! Se trataba de ir hasta la tienda de un mercader de telas, ya célebre en esta época en el cuartel de Santiago, y que se llamaba Ocedot.

Algo lejos estaba para la pobre Celeste; Dios solo conoce la sublime abnegación de que estaba llena el alma de la infeliz joven; Dios solo sabe si durante el camino la sombra de un pensamiento celoso vino á agitar su honrado corazón.

Y sin embargo, ¿ para quién iba á hacer estas compras?

No podía preguntarse á sí misma; « ¿ Cómo es que cuando Dios da la vida á dos criaturas humanas del mismo sexo, inocentes las dos de todo pecado, puesto que acaban de nacer, cómo es que la una llega á ser bella, dichosa, y está en visperas de casarse con el hombre que la ama y que ella adora, en tanto que la otra es fea, enfermiza, desgraciada y está destinada por fin á morir soltera? »

Pues bien: ella no se preguntaba esto, y si se lo hubiera preguntado, esta desigualdad entre dos seres semejantes no la habría hecho murmurar.

Lejos de esto, marchaba alegremente, como si hubiese ido á buscar su propia canastilla de bodas.

En verdad que esta joven era una santa, y los vecinos, á pesar de su poco respeto hacia los demás, no esperaban sino su canonización para adorarla.

Todos los transeuntes la saludaban con deferencia: tanto irradiaba de espléndida virtud su frente pálida y enfermiza.

La madre que no podía hacer nada para el embellecimiento de la cámara nupcial, queriendo, sin embargo, contribuir al lujo de la fiesta que se preparaba, sacó de su cómoda los antiguos y ricos encajes que habían adornado su traje de boda, y que no se había puesto ni vuelto á ver desde el día de su matrimonio.

Se los dió pues á Justino para que los hiciese lavar y colocar en el traje de la joven.

Mr. Muller quiso también hacer su regalo.

Una mañana, sería el 28 ó 29 de Enero, se vió llegar con gran asombro de los vecinos, que miraban pasar todos los días un mueble nuevo sin poder explicarse la causa real de estas continuas compras; se vió, decimos, llegar una mañana un carro grande cubierto de una tela gruesa, y que resonaba ruidosamente sobre el empedrado.

Apenas se detuvo delante de la puerta de la casa que habitaba Justino el desconocido vehículo, cuando fué cercado por todas las comadres, todos los pilluelos, todos los perros y todas las gallinas del arrabal.

Este carro produjo el mismo efecto que la llegada de una silla de posta á una aldea.

El arrabal de Santiago es uno de los más primitivos de París. ¿ En qué consiste esto? Es porque rodeado de cuatro hospitales, como una ciudadela lo está de cuatro bastiones,

estos cuatro edificios alejan al curioso de este cuartel. Es porque no conduciendo á ningún gran camino, ni confiando con ningún centro, al contrario de los principales arrabales de París, es muy raro el paso de los carruajes.

De tal modo, que así que uno aparece en lontananza, el venturoso pilluelo que primero le distingue hace una bocina de sus manos, y lo anuncia á todos los habitantes del arrabal, lo mismo que sobre las costas del Océano se señala una vela que se ve en el horizonte.

Á este grito, todo el mundo deja su trabajo, baja á la puerta de su casa ó se planta en medio de la acera, esperando friamente la llegada del carruaje prometido.

¡ Hurra! ; aquí está el carruaje!

En el mismo instante se aproximan y le miran con la alegría sencilla, con el asombro infantil de que dieron pruebas los salvajes de América la primera vez que vieron esas casas flotantes llamadas barcos, y esos centauros llamados españoles.

Entonces se manifiestan los diferentes caracteres: algunos de los indígenas del arrabal de San Esteban le rodean; otros se aprovechan de la ausencia del cochero, que ha ido á refrescar, y de la del viajero extraviado en las tierras meridionales, que ha entrado donde le llamaban sus asuntos: éstos (lo mismo que los mejicanos) levantaban los vestidos de sus conquistadores para asegurarse si formaban ó no parte de su piel; éstos, decimos, tocan el cuero del carruaje ó pasan sus manos á guisa de peine por entre la cin del caballo, mientras que otros trepan al asiento, con grande alegría de las madres, que les otorgan generosamente su permiso para ello.

Refrigerado el cochero y habiendo regresado el viajero, intenta el caballo ponerse en marcha; pero sólo á duras

penas puede dejar el arrabal sin aplastar media docena de los muchachos que le escoltan.

Al fin consigue desenredarse de ellos y parte.

¡ Nuevo hurra de la población, hurra de despedida ! Le siguen durante algún tiempo ; muchos se agarran á los resortes del carruaje : por último, desaparecen caballo y carroza con gran disgusto de la multitud, y no menor satisfacción de él, gozoso con encontrarse otra vez en países más civilizados.

¿ Queréis ahora formaros una idea de la importancia real de un acontecimiento semejante ?

Pues bien : entrad, queridos lectores, aquella misma noche en casa de una de las personas que han visto pasar el carruaje á la hora en que el padre de familia vuelve del trabajo, y le oiréis preguntar :

— ¿ Qué ha habido de nuevo durante el día, mujer ?

Y la mujer y los hijos responden :

— ¡ Ha pasado un carruaje !...

Esto, puesto así, á modo de paréntesis, puede dar idea de la sorpresa y el júbilo del cuartel, al divisar aquel inmenso carromato, de forma de todo punto desconocida. ¿ Puede comprenderse si sería mirado, rodeado, tocado y examinado en todas direcciones y todos sentidos ?

Hemos dicho ¿ no es cierto ? el placer que había procurado con su simple paso aquel fantástico carromato cubierto con su concha misteriosa.

¡ Pues bien ! Todo esto nada fué en comparación de los gritos de alegría que se elevaron de todos lados, de las tiendas, de las puertas, de las ventanas, de los techos cuando separada la cubierta se vió, ¡ lujo increíble ! ; sueño fantástico ! una pieza enorme de madera de anacardo.

Estremecióse el arrabal entero : los gritos de admiración

fueron resonando y repitiéndose de casa en casa, y vióse el pavimento literalmente cubierto de una multitud atenta y alegre.

No se comprendía bien precisamente el destino de aquella gran pieza de madera, que representaba un cuadrilongo de un pie de espesor poco más ó menos.

Pero como era de anacardo maravillosamente barnizado, contentóse la multitud con admirarle lisa y llanamente.

Bajaron del carruaje el montón enorme que entraron en la casa, cuya puerta se cerró al instante, dando, como decirse suele, con ella én las narices de los curiosos.

Pero no era esto lo que convenia á la multitud, que habiendo pagado suficientemente su tributo de admiración á aquella, queria á todo trance conocer también la utilidad de ella.

Preguntáronse los unos á los otros : éstos se inclinaban á que sería una cómoda, aquéllos que un pupitre.

Pero todas estas conjeturas parecían inverosímiles.

Los partidarios de la inverosimilitud, á quien llamamos nosotros escépticos, se fundaban en que aquel extraño objeto no tenia cajones, y que una cómoda sin cajones, aun cuando fuese de anacardo, no podía ofrecer la primera de las comodidades que parecia prometer su nombre.

Un viejo apostaba que era un armario ; pero de seguro hubiera perdido su apuesta, porque nadie habia visto ni siquiera señales de puertas ; y en verdad que un armario sin puertas, aunque siempre sería un objeto de lujo, vendría á ser un mueble superfluo ó inútil. Quedó pues consignado que el anciano se equivocaba.

En consecuencia, se agrupó la multitud en derredor del carromato, y se formó consejo.

El resultado del consejo fué esperar á los mozos de cordel á su salida de la casa, y preguntarles.

Aparecieron los mozos, y tratóse entonces de quién llevaría la palabra, misión que recayó al fin en una gruesa comadre, quien puesta en jarras avanzó orgullosamente.

Desgraciadamente para la multitud anhelante, uno de los mozos de cordel era sordo, y el segundo aubernés; resultó pues que el primero no pudo entender ni el segundo ser entendido.

En consecuencia, juzgando inútil una conferencia más larga, el primer mozo de cordel haciendo chasquear su látigo como un verdadero sordo, echó triunfalmente el carromato á andar, lo que obligó á la multitud á separarse para dejarle paso.

Créanos el que quiera, pero es lo cierto que nunca habitante alguno del arrabal logró descubrir aquel misterio que aun hoy sirve para que hablando de él, se ocupen las largas veladas del invierno. Suplicamos también de paso á aquellos de nuestros lectores que hayan adivinado que se trataba de un piano, que no lo revelen á nadie para que continúe la duda, y sea el castigo de aquellos terribles vecinos.

CAPÍTULO II.

UNA AMIGA DE COLEGIO.

En efecto aquel extraño bulto, aquel montón enorme de madera, aquella pieza de anacardo, maciza en apariencia, que había llamado la atención fantástica de los desocupados

del arrabal de San Esteban, era ni más ni menos que un magnífico piano que el viejo profesor enviaba como regalo de boda á su querida Mina.

Imagínese la alegría y la confusión de la pobre familia al recibir aquel rico presente.

Una vez colocado el piano en la futura habitación de los dos jóvenes esposos, quedaba completo el mueblaje, y se hubiese dicho que sólo esperaba aquel mueble maravilloso que se encontraba tan naturalmente en su lugar. Una cámara sencilla y encantadora así adornada, era un verdadero nido de palomas torcaces color de rosa y blanco.

Se había puesto á la cabecera del lecho en un cuadro ovalado de encina con embutidos de oro la guirnalda de azulés acianos y rojas amapolas que la jovencita, mientras aguardaba el día, había tejido la noche que se la encontró acostada en los sembrados.

Hubiérase dicho por el lugar que ocupaba, y por la importancia que se le había dado en la habitación, que era un presente colocado allí *ex-voto* como los que los marineros suspenden sobre la cabeza de la Virgen cuando regresan de un viaje peligroso.

¿Y no era en realidad desde aquel día en que la joven había tejido aquella guirnalda, cuando las borrascosas nubes amontonadas en derredor de la familia se habían aclarado y disipado después; y cuando por último se había visto bajar de su carro de oro á la deidad protectora de la pobre casa?

La habitación estaba pues completa, así adornada y pronta á recibir á los dos esposos.

Seis días más, y el sol de la ventura iba de nuevo á irradiar más brillante que nunca para aquellas honradas gentes.

Justino sostenía una larga y frecuente correspondencia con la directora del colegio, quien estaba sumamente satisfecha de su discipula, y veía con pesar que se acercaba el momento en que sería preciso separarse de ella. De acuerdo en este punto con la familia que la había puesto al corriente de todos sus proyectos, había opinado también que se dejase ignorar completamente á Mina la felicidad que la esperaba, por temor de que se agitase más de lo regular el ardiente corazón de la joven.

Y en efecto, ¿para qué advertírselo ni siquiera con una hora de anticipación? ¿No estaban completamente seguros de su consentimiento? ¿Sor Celeste y el padre Muller no habían respondido de ella? ¿No recibían á cada instante pruebas de su reconocido afecto á la familia y de su ternura profunda para con aquel hombre? Veinte veces, sin que ella lo supiese, le había interrogado la directora, y veinte veces había adquirido ésta y transmitido á Justino la certidumbre de que el germen del amor que en el corazón de la niña existía, sólo aguardaba un rayo de calor para brotar y florecer.

No había pues en aquella hora bienhadada más que motivos de alegría y contento.

Bajo el pretexto de tomar á Mina medida de un traje de entretiempo se le había enviado la modista que le hacía lo que se llamaba los grandes trajes, los elegantes, es decir, los trajes de los días festivos, porque los pequeños, es decir, los de todos los días, los hacían por sí mismas Mina y sor Celeste.

Era el 5 de Febrero, día en que debía irse á buscar á la joven Mina á Versailles.

Muchas veces había aventurado Justino esta pregunta:

— ¿Cuándo iremos á buscar á Mina?

Y siempre le había respondido el viejo profesor.

— No te inquietes por eso, muchacho, que eso corre de mi cuenta,

La víspera repitió Justino la pregunta.

— He retenido un soberbio carruaje, dijo Mr. Muller.

Justino abrazó á su anciano profesor.

Pasaron sin embargo todos reunidos menos Mina una deliciosa velada: no se dijo una palabra que no se repitiese cien veces: se preguntó si se había olvidado alguna cosa, si las amonestaciones canónicas se habían publicado, si el cura de Saint-Jacques-du-Haut-Pas había señalado la hora, si los zapatos de satén blanco, el traje de muse-lina y el ramillete de flores de azahar estarían concluidos á tiempo.

Al fin de la velada causó la madre á los niños y á Muller una dulcísima sorpresa.

Les anunció que iría al día siguiente con ellos á Versailles.

Se creyó oportuno objetarla que había cerca de cinco leguas desde París, y casi seis desde el arrabal de Saint-Jacques á Versailles, que entre ida y vuelta hacían doce; que se cansaría mucho, y que no habiendo salido iba para seis años, era arriesgar y comprometer su salud; pero ella nada quiso oír, y sostuvo su proyecto contra todos, batiendo en brecha los razonamientos más sólidos, concretándose á esta inmutable resolución.

He sido la primera en abrazarla á su partida, y quiero serlo también á su regreso.

Se concluyó por ceder á su deseo.

Además, al hacerle toda clase de objeciones, todos deseaban que ella insistiese.

Quedó convenido que todos estuviesen dispuestos para el

día siguiente á las siete de la mañana; y en efecto, al día siguiente, á las seis y tres cuartos se vió aparecer, con indecible asombro de los vecinos, aquel soberbio carruaje que Mr. Muller había anunciado la vispera.

Era un gigantesco fiacre blasonado sobre las dos ruedas y pintado de un amarillo rabioso; hoy ya no existen más que uno ó dos de aquellos fiacres antediluvianos, que son los manmout y los mastodontes de la especie.

Desde hace unos diez años han pasado al estado de curiosidades; é indicaríamos el museo donde se les ha recogido, si le conociéramos.

Era un arca donde los domingos lluviosos se encerraba toda una familia de aldeanos. Podían caber allí dentro cuatro parejas de animales, es decir, siete ú ocho personas cómodamente; hoy para ocho personas se necesitan cuatro cupés ó berlinas; esto es, cuatro veces menos incómodo, es verdad, pero también es ocho veces más caro.

¿Es esto un progreso? Lo ignoramos. Dejamos la ver-güenza ó la gloria de ello que reserva la posteridad á los alquiladores de los carruajes.

Fué pues un gran fiacre de un amarillo rabioso y deslumbrador el que se detuvo delante de la casa del maestro de escuela ante los hurraños ojos de los salvajes del arrabal.

Bajó de él el profesor, entró en la casa, y algunos minutos después llegaron los vecinos al colmo del asombro al ver subir al carruaje al hijo, la hermana, y la madre, á la madre, á quien no habían visto una sola vez!

Subió el último Mr. Muller, después de haber entregado al farmacéutico herborista (que estaba como los demás á la puerta con su mancebo y una niñera á quien se llamaba generalmente *la farmacéutica*) la llave de la habitación, y

haberle rogado que en el caso de que un sacerdote viniese á preguntar por Mr. Justino ó Mlle. Mina, le entregase la llave, diciéndole que toda la familia estaba en Versalles, pero que volvería por la tarde con su pupila.

Esto en último resultado era tanto como suplicar al sacerdote que aguardara.

Colocóse en seguida el profesor junto á sus tres impacientes amigos, y el carruaje partió al trote largo llevando rápidamente á la dichosa familia en dirección al colegio de Versalles, donde estaba la joven bien distante de aguardar la sorpresa que se la preparaba.

Aun no estaba el carruaje á veinte pasos, cuando todos los vecinos se precipitaron hacia la puerta del farmacéutico herbolario, preguntándole cuál era el objeto que le habían dado, y la recomendación que le habían hecho.

Mr. Luis Renaud quiso hacerse el discreto y guardar silencio con aire hueco é inteligente, lo que no pareció necesario á la farmacéutica, que dijo:

— ¡Ta ta ta! no hay misterio alguno en esto: sólo se ocultan las personas que quieren obrar mal, y por lo tanto yo os lo diré: la cosa que le ha dado es la llave de la habitación, y la recomendación que hizo es que se la entregue á un sacerdote que vendrá á preguntar por su pupila,

— Señorita Francisca, dijo Mr. Luis Renaud entrando majestuosamente en su casa, siempre os he dicho que sois una habladora.

— ¡Bien! habladora ó no, ya está dicho, respondió la señorita Francisca: si lo hubiera callado, me hubiera ahogado, y no quiero morir sofocada por un golpe de sangre; ¡pues! ¡entendéis!

Esparciose rápidamente la noticia por el arrabal de San Esteban de que toda la familia había ido á Versalles,

que Mina era la pupila de un sacerdote, y que se esperaba á su tutor aquel día.

Como era domingo, y por consiguiente nadie tenía que hacer, estacionáronse los grupos en la calle durante una parte, conversando y emitiendo distintas opiniones.

Cuando llegaba la hora de almorzar para unos ó para otros, aquellos para quienes llegaba, ponían un centinela que tenía el encargo de avisar si aparecía el sacerdote en el horizonte.

Dieron las ocho, las nueve, las diez y las once en la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas sin que se viese aparecer ninguna sotana, y sin que las interpretaciones que se hacían adelantasen un paso hacia la verdad; sólo á las once y media algunas mujeres que salían de la misa mayor y precedían al grueso de los fieles, como una vanguardia ligera precede al cuerpo del ejército, corrieron haciendo grandes contorsiones, agitando los brazos, y sofocadas gritando á derecha é izquierda al pasar la calle:

— ¡ Se casan ! ; se casán ! ; El cura de Saint-Jacques ha leído las amonestaciones ! ; Se casan ! ; se casan !

Recorrió la noticia el cuartel de Saint-Jacques en toda su longitud, con la rapidez de una sacudida eléctrica.

Desde entonces recobró el arrabal alguna tranquilidad, porque se sabía el gran secreto del maestro de escuela.

Sólo allí, como en todas partes, hubo algunos espíritus fuertes que dijeron :

— ¡ No lo dudaba yo !

— ¡ Ah ! ; lo que es la malicia ! dijo al paso un galopin : sabían que un hermoso joven se casaba con una joven hermosa : ; no lo dudaba ! pues á fe que no se necesitan las cartas de la Brocante ni cábala de ninguna clase para hacer predicciones como esa.

Mientras tanto rodaba el fiacre, y á fuerza de rodar llegaba á Versailles, atravesaba tres ó cuatro calles, que resonaban como una necrópolis, y se detenía delante de la puerta del colegio, justamente en el instante mismo en que un fiacre de la misma catadura, del mismo matiz, regresaba al galope en sentido opuesto.

Hubiérase dicho que aquellos eran dos fiacres siameses que acababan de romper sus ataduras.

Por lo demás, ya era tiempo que llegaran, porque tanto la madre como la hermana estaban cansadas y morían de impaciencia : el viejo profesor comenzaba á renegar del camino, él que de ordinario le encontraba tan corto cuando iba ó venía á pie.

El corazón de Justino latía con mayor violencia á medida que se acercaban un cuarto de legua más, y lo mismo que su vecina, la señorita Francisca la farmacéutica, arriesgaba el atrapar una sofocación, un golpe de sangre.

En fin, lo repetimos, era tiempo.

Entraron en el colegio : la madre no conocía á la directora, á cuya presencia se la condujo, y á quien desde luego dió gracias por los cuidados de que había sido objeto para ella durante siete meses, su hija adoptiva.

Envióse á buscar á la joven.

La camarera volvió diciendo que la señorita Mina no estaba en su habitación.

— Id á la de la señorita Susana de Valgeneuse, dijo la directora.

Volviéndose después hacia sus huéspedes, continuó :

— Sin duda está en la habitación de una de sus amigas, la señorita Susana de Valgeneuse, una persona encantadora, muy dulce, muy bien educada, de su edad poco más ó menos, del mismo país, ó donde su padre tiene grandes

propiedades del lado de Rouen; desde la entrada de Mina están unidas, y en verdad que yo sólo he tenido motivos para felicitar me de esta unión. ¿ Creeréis que ellas dos me economizan una subdirectora? Mina enseña música, francés é historia, mientras que Susana, dibujo, matemáticas ó inglés. ¡ Ah! hélas aquí.

Y en efecto, Mina sonrosada de alegría, sofocada de felicidad, se presentaba en la puerta lanzando un grito á la vista de toda la familia reunida.

Aparentó no reconocer á la hermana Celeste, ni al viejo profesor ni aun al mismo Justino, y corrió derecha á Mad. Corby, lanzándose en sus brazos gritando:

— ¡ Madre mía!

La presencia de Mad. Corby le hacía pensar que sucedía ó iba á suceder alguna cosa extraordinaria.

Conmovióse también en extremo cuando se le dijo que como tenía ya diez y seis años, que aquel mismo día los cumplía, é iba á dejar el colegio para no volver á él...

Justino fué quien la anunció esta noticia abrazándola y besándola en la frente, según su costumbre, al par que la estrechaba contra su corazón.

Alegróse mucho Mina, y sin embargo había un matiz de pesar en su alegría; porque Mina, que tenía un corazón tierno, se había aficionado á tres cosas: á la *señora*, es decir, á la directora, á Susana, su amiga, y á su pequeña habitación que daba al patio de recreo, que era tan alegre durante las horas de juego y tan tranquila el resto del tiempo.

Pidió pues permiso para decir adiós á su habitación y á Susana, doble permiso que no le costó trabajo obtener.

Quedó pues convenido que iría á decir adiós á su habitación, y que al regreso encontraría en el salón á Susana.

Sólo había que atrevesar el corredor.

Entró, y saludando después á cada objeto, á cada mueble, como se saluda á los amigos á quienes se va á decir adiós, se arrodilló en el reclinatorio y dijo las mismas oraciones en acción de gracias que había dicho en la casita del arrabal de Saint-Jacques al día siguiente de su llegada.

Mientras tanto se había hecho que bajase Susana al salón.

Era Susana una bella joven de diez y nueve años poco más ó menos, de grandes ojos negros, á los que sólo se podía reprochar cierta dureza natural, pero que se dulcificaban maravillosamente á voluntad de la joven; tenía las cejas y los cabellos en armonía con los ojos, perfectamente negros; era alta y delgada, tenía la voz breve é imperiosa, manifestaba por último desde una legua su aristocrático rango.

La primera impresión de la joven no fué simpática para Justino.

Sin embargo, á la noticia de que iba á ser separada para siempre de Mina, pareció experimentar Susana tal pesar, que la expresión vivamente contrariada de su fisonomía bastó para que Justino la viese ya con otros ojos, para que le agradase más.

Además la bella joven había saludado tan graciosamente á Mad. Corby, había tendido tan cordialmente la mano á la hermana Celeste, y sonreído tan convenientemente al anciano profesor, quienes lo mismo que Justino eran sus conocidos aunque ellos no la conociesen, que Justino varió de concepto al instante.

Después, como los buenos corazones que van siempre en las buenas impresiones más lejos que en las malas, se inclinó al oído de Mad. Corby y le dijo en voz baja: